

contraste á la prepotencia lusitana. Una de las mayores suspicacias del cauto y precavido Fernando se derivaba del empeño puesto por Colón en magnificar á la propia familia, familia extranjera en último término, que recibía privilegios y lucros como los granjeados por Diego y Bartolomé, al par que vínculos y mayorazgos y heredamientos como los prometidos y legados en sus ordenanzas testamentarias por Colón al primogénito y al bastardo, sus herederos directos. Un observador perspicaz viera que acompañaban á Colón en este cuarto viaje Bartolomé, aunque mal de su grado, y Fernando, el muchacho habido de ganancia en Córdoba. Mas no le acompañaba Diego, quizás por disminuir el número de los príncipes aquellos, muy sospechosos al enemigo de todo fraccionamiento feudal; y no le acompañaba el primogénito, el heredero de sus dignidades y prerrogativas, acaso por no dar títulos mayores á las pocas meditadas concesiones de almirantazgos perdurables.

La escala de Santo Domingo se imponía en el nuevo requerimiento de Paria y en el viaje por los mares de las Antillas y por los mares de los caribes. Arribó Colón, pues, á la desembocadura del Hozama, y pidió permiso para el desembarque, negado al que podíamos llamar autor de la isla por Ovando, so pretexto del número de sus enemigos allí reunidos para volverse á España inmediatamente, muy capaces todos de jugar al viejo Virrey una mala partida y de perturbar así con tales entuertos la no bien curada colonia. Pero Colón, avizorísimo, á fuer de buen nauta, y largo en comunicar lo avizado por su penetrante mirada oceánica, respondió cómo su demanda de puerto en aquellos instantes obedecía por necesidad al temor de próximas tormentas, y cómo aconsejaba no expedir los barcos aparejados á zarpar; pues, aunque iban en ellos sus enemigos, debía, como caso de conciencia, católico y humano, para descargo de su corazón, en Dios y en su alma, decirles que corrían peligro cierto de irremediable naufragio. Desoyeron los advertidos la providencial advertencia y naufragaron á la vista

casi del puerto. Como en la escuadra fueran el comendador Bobadilla con el rebelde Roldán, y se ahogaran, salvándose tan sólo mísero esquife, donde remitía el nuevo Gobernador á España la fortuna de Colón, atribuyeron las gentes el bien de uno solo y el mal de todos los demás á hechicerías y maleficios compuestos por el marino, sin comprender cómo el cumplimiento de su anuncio nacía y brotaba, no del hechizo y embrujamiento imposibles, de ciencia con sus trabajos adquirida y de intuiciones connaturales al genio. Así Colón pasó la sacudida correspondiente con zozobras, pero sin daño, en virtud natural de su nativa superioridad y de su adquirida competencia. Continuó, tras estas detenciones, su viaje, y en Julio bautizó la isla de Guanaja, descubierta frente á Honduras, con el nombre de Pinos, por los muchos encontrados en zonas tales. Navegando por allí, tropezó un día con grande y bien dispuesta canoa. Tripulábanla varios jóvenes de gratisimo aspecto, y parecía venida desde muy lejos y hecha de suyo á marear en espacios amplios y con derroteros largos. Lo cierto es que iban muy compuestos y aderezados los tripulantes, conduciendo consigo productos de algún más valor que las baratijas halladas en otros encuentros, y telas de algodón tejidas con mayor arte y bordadas con mayor esmero que las anteriormente descubiertas en las innumerables islas exploradas. No pudo saberse á ciencia cierta ni de dónde venían aquellos hombres, ni á dónde iban, por el impedimento de su lenguaje indio; pero sobran motivos para creer que, de oírlos Colón, topara con tierra de Méjico, extendiendo así al pie de la Monarquía española un áureo imperio, bastante por sí solo á compensar aquella continua disipación de la siempre desvanecida India oriental, y á traer, con la gloria consiguiente á tan milagrosas invenciones, un provecho en vano requerido del Nuevo Mundo hasta entonces. Pero Colón, puesto por sus estudios en la pista de los recuerdos medievales, cuya transmisión secular iba trastocando las poéticas consejas, como siempre que algo pasa de labio en labio y de

siglo en siglo, estaba cada día más emperrado en la busca del áureo Quersoneso, y más ansioso de sorprender á los portugueses con un camino breve que acortase la comunicación usual con Oriente y llevase riquezas al rey Fernando, malhumorado y desconfiadísimo aun después de haber tributado el mar tantos dominios á sus inmortales coronas. Así persistió en recorrer por su parte oriental aquella costa de Honduras, tan larga, y en buscar el estrecho, cuya existencia su genio profético adivinaba, como un anillo misterioso de unión entre los mares por él entonces recorridos y los misteriosos mares de Oriente.

Por 14 de Septiembre llegó al cabo Gracia de Dios, el cual debió su nombre á la circunstancia de haberse allí esclarecido el aire de chubascos eléctricos, que generaban en pleno día la noche, y serenándose de tempestades sempiternas el agua, que había acongojado su alma de profeta y enflaquecido su cuerpo de piloto. Encontró aquí unas muchachas indias, quienes subieron de grado á las carabelas, y expidió unos mareantes y un escribano á tierra, que tomaran posesión oficial del terreno. Mas, porque las muchachas llevaron á las naves esencias y otros ingredientes, los marinos creyéronlas magas, y repugnaron sus sortilegios, así como las indias creyeron á los marinos brujos porque presentaban á sus ojos tan extraños y nunca vistos objetos como un vulgar y ordinario recado de escribir español. Doblado el cabo Gracia de Dios, y siguiendo al Mediodía, volvió á probar tempestades, en las que su niño Fernando, adolescente de unos doce años, mostró serenidad tal ante los peligros y destreza en las maniobras tan consumada, que sirvieron de recreo á los trabajos y de consuelo á las penas del eximio padre. En su ruta y dirección á la costa llamada hoy de los Mosquitos zozobró un bote y perecieron unos tripulantes, por lo cual denominó á una vena de agua desembocada en tal sitio Río del Desastre. Al fin, el 5 de Octubre, abordó á Costa Rica, y el 14 á Veragua. En este punto parecía realizado el sueño de Colón y patentísimo el áureo Quersoneso. Las noticias recogidas á duras

penas y los indicios deducibles de sus noticias prometían una región áurea, cuyos habitantes poseían brazaletes y arracadas con mesas y sillas de oro. Penetradísimo Colón de que sus ensueños se le habían cristalizado á la vista, dijo ser aquella la tierra de Aguará, enteramente áurea, y hallarse á diez días de navegación el sacratísimo Ganges. Pero así como en los indicios recogidos al ingreso por estos mares pudo hacia Méjico y sus penínsulas orientarse con facilidad, en los indicios de la sazón ahora historizada pudo entrever y buscar el Perú. Mas, creído de habérselas con el mundo de lo pasado, no sospechó siquiera el mundo de lo porvenir. Imaginaba su obra la resurrección del Oriente, cuando, por progresiva, por humana, por nueva, era la creación del Occidente. Dios no quiso que viera la desembocadura del Amazonas, como había visto la desembocadura del Orinoco. El oro y el estrecho, tan requeridos y buscados, le retuvieron allí largo tiempo; y en este tiempo experimentó tales calamidades y plagas, que puso á los parajes donde los probara en tanto número é intensidad, entre Puerto Bello y Veragua, este luctuoso apellido: «Costa de los Contratiempos.» Parecía que soplaban los vientos del infierno, según lo abrasados que venían y lo abrasadores que eran. El cielo tomaba horrible aspecto de mina incandescente, por cuyos bordes se aglomeraran incendios verdaderamente cósmicos. Hervía el mar al sol y al viento como hierve á la lumbre una caldera de agua. Los relámpagos cegaban la vista y los rayos daban chasquidos de fusta en las orejas. Descendían los nubarrones rabiosos, como bandadas de aves carniceras, á las aguas, encendidas por las centellas eléctricas en los abismos; y las aguas, azotadas por el huracán, subían en pirámides gigantescas al cielo, enrojecido como un candente hierro en una gigante fragua. Los tiburones aumentaban el universal terror, husmeando con su carnicero adivinador olfato la carnaza prometida por el inminente naufragio. Alzaban los marinos al cielo sus ojos y sus brazos en demanda de misericordia. Echábanse mutuamente á los pies

unos de otros y se confesaban todos entre sí. Colón, enfermo y casi moribundo, había hecho que le alzaran una especie de alcobilla, sobre la entena mayor apoyada, desde donde dirigía tendido las maniobras, con tormentas mayores en su espíritu que las tormentas del cielo. Por fin, cuando pudo valerse de sus facultades y contar con segura bonanza, resolvió establecer allí, en la tierra del oro, una colonia, y explotarla con empeño á su guisa.

Mas para esto necesitaba domar al cacique mayor, Quilian, y este cacique parecía un término medio entre los indios lucayos y los indios caribes. Colón tenía prisa de resolver lo más acertado, que consistía en dejar allí de Gobernador á su hermano Bartolomé; maravilladísimo del terreno donde había tropezado con oro en grande cantidad, é irse á España él en requerimiento de auxilios. Y bien los necesitaba, pues Quilian se apercibía con dolo y disimulo á combatirlos con fuerza de armas y golpe de gentes. Mientras los españoles construían sus casas en el recodo de una caleta formada bajo una colina sobre la desembocadura del río Belén, Quilian llamaba indios de combate y repartía consignas de incendio y exterminio. Súpolo Colón y no acertaba con el medio de conjurarlo. Pero tenía un compañero llamado Méndez, allí, que la Historia contará entre los héroes más esforzados y sufridos y leales de que hay remembranza en sus capítulos. Y Méndez resolvió ir sólo en demanda de Quilian. Subió río arriba y topó con él á cosa de media legua. Como si estuviera en su casa, entró por los bosques aquellos y habló con Quilian como si hablara con un viejo amigo. El cacique se mostró reservado, pero no en términos que Méndez dejara de traslucir los intentos suyos y se los participase á Colón en el milagrosísimo regreso. Mostróse muy apenado el Almirante; y Méndez, resuelto á fortalecerle y consolarle, tomó un amigo y se fué nuevamente con él solo río arriba en alas de su temerario denuedo. Á las pocas remadas dió con canoas apercibidas al combate; y se dirigió á ellas, cual si en vez de guerra, le ofrecie-

ran amistad. Supo Méndez que había dispuesto Quilian el ataque y á su encuentro se fué. Cuanto al paso hallaba no parecía propio á enardecerlo. Por todas partes enjambres de indios amenazadores y armados con el aguijón de sus flechas como enjambres irritados de zumbantes abejas. Mas el héroe no hacía caso ninguno. Llegado al centro, donde daban los principales bohíos ó viviendas de aquellas familias, vió un seto de cabezas indias recién cortadas y puestas en palos chorreando sangre. Nada le arredró; y eso que, salidos á su vista de las madrigueras mujeres y niños, según los gestos y amenazas, parecían querer comerse-lo. Al estruendo apareció un mozo, hijo de Quilian, y le dió un empujón, que no logró derribarlo, pues, si por acaso, tal cosa lograra, cayeran, ya en tierra, todos á una sobre su cuerpo y lo trucidaran y se repartieran sus pedazos. Preservado de aquel primer golpe, dijo que iba en calidad de médico cirujano, y extrayendo del bolsillo tijeras y peine y espejo rogó al compañero le cortara el pelo. Imposible decir los efectos de asombro y maravilla que tal operación despertara en aquellos salvajes. El cacique deseó cortarse también el pelo y Méndez lo satisfizo como un peluquero consumado. Después regaló aquellas bujías, que mucho agradaron á los indios, y recibió de los indios un banquete, comiendo con ellos en amor y compañía hasta volverse muy regocijado y dejándolos muy satisfechos.

Pero Bartolomé creyó necesario el apresamiento de aquella familia y lo resolvió. Emulando la increíble temeridad de Méndez, y acompañado por él, fuese al bohío de Quilian y le llamó á partido. Presentóse tras grandes resistencias éste, y se asentó en una piedra frente al Adelantado, que estaba solo y de pie, pues sus demás compañeros se habían recatado atrás. Quilian pintarrajeado, mostrando sus hercúleas formas desnudas, y asentado sobre su piedra, Bartolomé vestido de acero en frente y de pie, parecían bajo la bóveda tropical de los árboles y á la entrada de los bosques, no dos personas, dos mundos, el mundo de la civilización y el mundo de la barbarie. Bartolomé apresó